

lado, porque tenéis el corazón noble y bueno, porque habiendo sufrido vos mismo os habéis hecho cargo de los sufrimientos de los demás.

—Zimbo, tú bien sabes que mi amistad fué siempre sincera y...

—Cuando llegásteis á este país habéis traído con vos á ese ángel de cabellos de oro, á esa adorable niña, que se llama «el hada del desierto» y que heredera de vuestra bondad natural fué siempre la pequeña protectora de los desgraciados negros inclinados bajo el látigo de los nuevos amos de su patria. Desde los primeros días quiero á esa monina... ¿No es á ella y á vos á quienes debo la vida recientemente recobrada?

—¡No hablemos de eso, Zimbo!... Vengo de un país donde la caridad nos ordena amar á nuestros semejantes sea de raza negra, sea de raza blanca.

—Es eso lo que enseñan los sacerdotes de vuestra religión y, además enseñan devolver bien por mal.

El descendiente de los reyes cafres hizo una nueva pausa, llevó su mano á la cabeza sobre la que bramaba el huracán de sus recuerdos y exclamó:

—Nunca he podido decidirme á seguir esas doctrinas, nunca he vuelto bien por mal. Ni lo haré nunca...

Y avanzando hacia el señor Josselin y tendiéndole las manos dijo:

—Quiero devolver bien por bien. Soy rico, inmensamente rico, más que todos esos aventureros de Europa que quieren trastornar nuestro suelo para arrancar el oro y los diamantes. ¡No es verdad!... ¿Lo sabéis?

El ex abogado se levantó de su asiento abrió un cajón y sacó el diamante en bruto que Zezette le había dado algunos días antes.

—¡Lo sabía!—dijo.

—Lo sabíais desde el día en que yo le remití á Zezette este precioso guijarro. Vos no me habéis hablado nunca de esta fortuna que tenéis entre manos. ¡Nunca habéis intentado conocer mi secreto! ¡Ah! si lo hubiérais descubierto moriría conmigo este secreto. Pero hoy acabo de descubrirlo

á vos y á la pequeña hada que llevó vuestro apellido.

El señor Josselin era presa de una emoción violenta. Zimbo no le dió tiempo más que al dominio de sí mismo.

—¿Qué haría yo de este tesoro que los blancos terminarán por descubrir si lo dejo en su escondrijo? Antes de morir quiero saber que queda en manos que no se han levantado sobre un desdichado negro... ¡Ah! no me deis las gracias. Estos montones de diamantes los llevaréis á vuestro país, á donde yo os seguiré, donde yo solicitaré en vuestro hogar el puesto más humilde y el más arrinconado, y donde antes de morir habré tenido la satisfacción de ver la felicidad de vos y la de vuestra hija!

Gruesas lágrimas aparecieron en los ojos del colono, su pecho se agitó y con voz tan entrecortada, que parecía no podía pronunciar, dijo:

—¡Habláis de mi hija Zimbo! Por ella por rehacer mi fortuna he abandonado la patria con ánimo de reconquistar por el trabajo lo que la especulación me ha arrebatado; ¡Y en su nombre acepto!

—Tal esperaba de vos, señor Josselin. Pero el momento no es el más propicio para escenas enternecedoras. ¡Es preciso obrar!

—¡Estoy dispuesto!

—¡Ignoramos lo que nos reserva el porvenir. Repito que es necesario moverse desde esta misma tarde! ¡Disponéis de dos hombres seguros y discretos.

—Yo creo poder contar con mi compatriota el señor Blaisois.

Zimbo no pudo disimular un vivo movimiento de repulsión.

—¡Ese!... Guardaos de descubrirle nuestro secreto.

—¿Es que sospecháis de él?

—No sospecho nada; pero este hombre me desagrada, nunca me inspirará confianza!

—¡Sin embargo!

—¡Oh, yo sé que su voz es dulce y que sus maneras son insinuantes; razón de más para no fiarme! Tenemos necesidad de dos hombres fuertes y valerosos escogidos más bien entre los trabajadores de la quinta,